

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO 1

MADRID 27 DE NOVIEMBRE DE 1892.

NÚM. 19.



AMOR, ETERNO AMOR

— No, ya no me quieres. Si fuera malo, te mataría, pero soy bueno y habré de resignarme a llorar amargamente sobre tu regazo.

— Pues espera un momento: voy por el impermeable.



La semana.

Y ahora como si nada hubiera pasado.

Cuidado que nos hemos... no divertido, precisamente, sino sofo-

cado. Aún resuena en nuestros oídos aquel clamoreo que nos aturdió en las calles de Madrid algunas veces.

—¡Por allí vienen!

—¡No, por allá!

—¡Corre! ¡corre!

—¿Pero quién viene? ¿los magos?

—La cabalgata.

—Otra cabalgata.

—La pedrea.

—Los reyes de Portugal.

¡Y qué confusión de coches y personas!

¡Y qué animación .. donde la había!

* *

—¡Dichosa cabalgata! no se me olvidará fácilmente.

—Pues ¿por qué?

—Porque aquel día me quitaron el reloj y el portamonedas.

—Y parece que faltan algunas figuras de la época, algún guerrero, tal cual fraile...

En cambio ellos, los de la comisión de guerreros y frailes, han faltado á la reina, por disminuir su categoría.

Querían una reina de bulto, de cuerpo entero, buena moza, guapa, discreta, fina por ocho ó diez duros.

¡Qué comisiones y qué comisionados!

¡Y luego para verla un día nada más!

Porque siendo para más tiempo el alquiler, la misma reina Isabel I habría rebajado el precio.

Pero un día, unas horas, y abur; si te he visto no recuerdo.

Sin reconocerla derechos pasivos, y por último, sin ventaja alguna ni aliciente ni estímulo...

Así no puede haber reina disponible ni rey, ni sota siquiera.

Todo pasó como una peladilla, ó como una pesadilla, como pasan ó fingen que

pasan mil barbaridades algunos articulistas y varios poetas y autores teatrales y señoritas de Cúrsiles y Segismunda.

* *

Ya han regresado á sus pacíficos hogares los forasteros que vinieron á los festejos del Centenario.

Quedan algunos extranjeros.

La población flotante ha disminuído.

Nos queda para diversión el Ayuntamiento de Madrid, su pasado y su lenta, pero continua desaparición.

«Aquí se ha presentado un hombre de bien, honrado y al parecer conocedor de la casa, de entendimiento y carácter enérgico. Le han hecho alcalde primero y ha empezado por donde otros nunca hubieran acabado. Dice llamarse marqués de Cubas...»

Y lo que es *redentor segundo*, como en las comedias, no será.

Pero que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, eso es indudable.

Y que como el marqués continúe ha de arder el pelo á más de cuatro, también es verdad.

Por fin, «odia el delito y compadece al delincuente.»

Respetemos á los cesantes como á nosotros mismos ó más si esperan peligro de muerte.

* *

Ya se anuncia la lidia del Ayuntamiento en masa.

¡Morir tan joven!

Una corporación que apenas daba ruido.

Alguno de esos concejales, tal vez no volverá á verse con fajín, si no se viste de torero.

Es cortar á un hombre la carrera cortar-le el fajín.

* *

Siempre estamos de estreno.

Una noche en Apolo; otra en Eslava; otra en Lara; otra en Martín; otra en el

Ayuntamiento; otra en la Diputación, y en el Ministerio.

—No hay bien estable, Severiano — ¡que dicen que dice D. Práxedes á su amigo D. Arias, imitando al Rey de *Sancho Ortiz de las Roelas*.

Mientras Cánovas no quiera, ó no se asuste ó no muera, España no será mía.

Y así sucesivamente, hasta que le dice á D. Arias:

—Yo no sé como vencer

D. Arias, esta pasión

que avasalla mi razón.

Yo no sé ya qué he de hacer.

D. Arias (Severiano).—¿Qué, señor? ¿rom-
(per por todo?)

Antes que todo, sois vos,
y es cosa dura, por Dios,
que padezcáis de tal modo.

Otras veces, en esas noches tristes echan (á perder) *El puñal del godo*.

¡Qué noche! ¡válgame el cielo!

(dice Sagasta)

¡Qué tormenta nos amaga!

(responde Cruz, no San Juan de la.)

¡Esta lumbre se me apaga!

¡Está lloviznando hielo!

Y así divierte sus ocios el solitario de Avila.

* *

—Mire usted, sin él estoy como si me faltara algo, me aseguraba ayer uno que finge ser amigo entusiasta de D. Práxedes y que está cesante desde que Sagasta salió de la Presidencia.

Es claro—afirmé—le falta á usted el destino.

Como decía aquel chico poeta anisado que andaba rodando por esas tabernas:

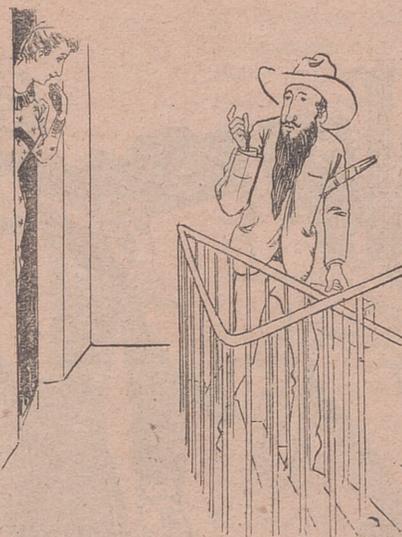
—No me llega la camisa al cuerpo.

Eduardo de Palacio.

OCUPACIÓN: SUS LABORES



1.—Adiós monín, mientras tú pintas yo haré mis labores.



2.—Que no tardes, que te espero.



3.—¡Qué buena es mi mujer y cuánto voy á pintar.



4.—Pobrecilla, estará aburrída entregada á sus labores.



5.—A las labores de su sexo, como se dice en los padrones.



6.—¿Qué es esto? ¿Un toro? Sí; ¡apostaría que es un toro!



7.—¡Mientras yo muero, ella entregada á sus labores!



8.—¿Tú aquí? ¿Y con tu primo?



9.—Pero, ¿qué cuerno entenderá mi mujer por labores de su sexo?

A. P. 192



ALTA GOMA

Ellos.—Para dos perdices, dos.
 Ellas.—¿Y para dos tontos?
 Ellos.—¡Ah! Dos, también dos.

La confianza del Marqués.

Los redactores de *La Revue Illustrée*, han llevado á las elegantes páginas de su revista una costumbre ahora más en boga en los salones parisienses.

La tal costumbre, que sin duda viene á sustituir á la antigua manía de los *albums*, consiste en presentar á los poetas, literatos, políticos, artistas, y aun á las señoras, una hoja de papel llena de preguntas morrocotudas, á las cuales hay que contestar sinceramente y de puño y letra, haciendo con ello una verdadera «confesión».

Los primeros en llenar el encasillado de esta especie de «padrón psicológico», han sido en *La Revue Illustrée*, Sr. Emile Zola, el pontífice del naturalismo; Sr. Alphonse Daudet, el novelista insigne; Sr. Armand Silvestre, el inimitable cuentista del *Gil Blas*, y el inspirado poeta Sr. Arsène Houssage, cuyas respuestas y firmas publica autógrafas la precitada revista.

He copiado á la letra todo el cuestionario adoptado por *La Revue Illustrée*, y con un amigo de confianza he tenido el honor de enviarlo á la casa de la Villa para que el *hombre del día*, el simpático y respetable Marqués de Cubas llenase el encasillado en los ratos que le dejase libre su preocupación por el otro encasillado; por el encasillado de empleados municipales.

Ignoro si mi amigo abusó de mi confianza falsificando la letra del Marqués, ó si este satisfizo en el acto mi deseo al ver que mi amigo buscaba su firma, no al pie de una credencial (porque es lo que van buscando casi todos los visitantes del Marqués de Cubas), sino debajo de unas cuantas respuestas muy fáciles de escribir, dados el talento y la honrada franqueza que demuestra el alcalde primero desde que dejó su corazón ¡ay! en las escaleras de nuestro *Hotel de Ville*.

He aquí mis certísimas preguntas junto á las problemáticas del sucesor de Bosch:

El p
 La c
 La c
 Mi c
 Mi p
 Mi o
 Mi
 Cuál
 Lo q
 País
 Colo
 Flor
 Anin
 Ave
 Mis
 Mis

Mis
 Mis
 Mis
 Mis
 Mis
 Bebi
 Mis
 A qu

Carra

El h
 La r
 Dón
 Cóm
 Esta
 Hech
 Mi d

El principal rasgo de mi carácter.....
 La cualidad que prefiero en un hombre.....
 La cualidad que prefiero en una mujer.....
 Mi cualidad favorita.....
 Mi principal defecto.....
 Mi ocupación preferida.....
 Mi sueño de felicidad.....
 Cuál sería mi mayor pesar.....
 Lo que quisiera ser.....
 País donde desearía vivir.....
 Color que prefiero.....
 Flor que prefiero.....
 Animal que prefiero.....
 Ave que prefiero.....
 Mis autores favoritos en prosa.....
 Mis poetas favoritos.....

El valor *cívico*.
 No haber sido concejal.
 Ser amigo de Dato é Iradier.
 El desprecio á los bienes terrenales.
 Haber heredado á Bosch.
 Firmar un *Cese*.
 No dejar títere con cabeza.
 Una baja en las *Cubas*.
 Alcalde corregidor, de los antiguos.
 En la zona tórrida; digo, en la zona fiscal.
 Como no sea político, cualquiera.
 Rosa mística (ora pro nobis.)
 El oso, en el madroño correspondiente.
 Los pájaros (de cuenta), fritos.
 Vitrubio y Cánovas.
 J. J. Jiménez Delgado, aquel que decía:

«Hay que barrer mucho,
 y hay que barrer bien.

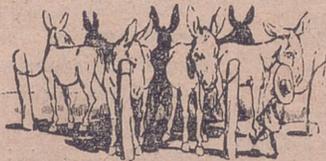
Mis pintores favoritos.....
 Mis compositores favoritos.....
 Mis héroes favoritos en la ficción.....
 Mis heroínas favoritas en la ficción.....
 Mis héroes favoritos en la vida real.....
 Mis heroínas favoritas en la vida real.....
 Bebida y alimentación que prefiero.....
 Mis nombres favoritos.....
 A quiénes detesto más.....

Todos, menos los *pastelistas*.
 El autor de *La Danza de las BACANTES*.
 Argos y Hércules.
 Diana cazadora, muy cazadora.
 Horacio Coches; ¡ya lo he dicho!
 Las matronas de consumos,
 Pan (bien pesado) y agua (de los antiguos viajes).
 Ya se verán cuando empiece á firmar credenciales.
 ¡Vaya una pregunta! ¡Cuán ciego es el que no ve por tela de
 cedazo!
 El alcaide Ronquillo y el alcaide de Móstoles. ¡Rivalidades de
 oficio!
 La de San Quintín.
 La reforma, ya *gacetable*, de la Ley municipal.
 Ubicuidad, si la hubiera.
 Como Sansón, con todos los filisteos.
 Espíritu de 50 grados.
 ¡Para indulgencias estoy yo!
 ¡Garro!azo, y, tente concejal!

Caracteres históricos que más odio.....
 El hecho militar que más admiro.....
 La reforma que más estimo.....
 Dón de la Naturaleza que quisiera tener.....
 Cómo quisiera morir.....
 Estado presente de mi espíritu.....
 Hechos que me inspiran indulgencia.....
 Mi divisa.....

Por la transcripción,
 Luis Royo Villanova.

UNA CONSPIRACIÓN



Aquí está éste; hoy no se escapa. Lo deshacemos.



¡Ahí va eso! Para que vengas dando palitos.



¡..... !

Cómo se forman los héroes.

Los vecinos y vecinas de Valdescama estaban aterrados con la presencia en aquellos alrededores de una terrible cuadrilla de facinerosos, que al mando del licenciado Araña recorrían la comarca, poniendo en grave peligro la vida de los hombres, la hacienda de los vecinos y la honra de las doncellas.

Por lo que toca al último extremo, estaba justificada la escama en *Valdeidan*, pues el secretario del Ayuntamiento, hombre de cálculo (prescindiendo de los diabéticos que padecía), y consumado estadístico ó *estadista*, como le llamaban sus admiradores en el concejo, afirmaba que éste podía muy bien, en un momento dado, cubrir el lote del ominoso tributo exigido á Mauregato; salvo, naturalmente, cualquier error de suma ó pluma, muy fácil de cometer en estas importantísimas clasificaciones de la «Riqueza oculta».

De todos modos, el peligro era serio y así lo había hecho notar á sus convecinos al dar la noticia el importante periódico local *El Derecho*, diario redactado por un zurdo, que gozaba en el pueblo fama de escritor intencionado y polemista temible.

He aquí los términos respetados fielmente por nosotros, en que publicaba la noticia el órgano más autorizado en el «estadio de la prensa» valdescamada ó valdescamense.

«Esta tarde han tenido un mal encuentro los pastores que en la cortijera apacientan marranos. Uno de estos ha venido á decirnos que la gavilla del licenciado Araña se ha presentado en el coto, apaleando á sus compañeros y llevándose gran número de cabezas. Supónese que tratan de llevar á cabo en el pueblo un golpe de mano audaz. El licenciado Araña que los manda, no es como aquel capitán del mismo nombre que embarcaba á sus soldados y se quedaba en tierra. Antes al contrario, es hombre que no retrocede ante el peligro. Las licencias de este bandido están firmadas en la alcaldía de Meliha y se le llama *Araña* por la excesiva longitud y delgadez de sus respectivas extremidades torácicas y abdominales. No hemos de exagerar la gravedad del peligro, pero tampoco sería prudente ocultarlo. Así, pues, excitamos el celo de las autoridades para que velen, como velaban los gansos en el capitolio de la ciudad eterna, por la seguridad y bienestar del honrado pueblo de Valdescama.»

Apenas se hizo pública la noticia, las autoridades y los vecinos redoblaron sus precauciones. La inquietud era profunda en muchos hogares; en el de D. Tiburcio Calderete llegó á revestir los caracteres del más profundo terror.

Y con razón, después de todo, porque el tal D. Tiburcio era el primer contribuyente del pueblo, y la fama de sus riquezas proverbial en diez leguas á la redonda.



Me sigue hace ya dos horas ¡Qué respeto á las señoras
mudo, por estos sendos. tienen estos caballeros!

Vivía en las afueras del pueblo, en una casa grande y bien dispuesta, con fuerte y recia portalada, cómodas y elegantes galerías, amplia azotea orientada de modo que recibiese la fuerza del sol en invierno, y frondosa huerta protegida con macizos tapias erizados de vidrio para guarda y defensa de escalos atrevidos y raterías audaces.

D. Tiburcio leyó la noticia después de cenar; lo primero que hizo fué dar un respingo en el sillón de su despacho y notar en lo más recóndito del organismo la pro-

testa sentida y elocuente de su estómago contra aquel sacudimiento que perturbaba la solemnidad de sus funciones digestivas. Luego se llevó á los labios el cigarrillo, chupando por la candela y chamuscándose aquella especie de limpia-plumas que le servía de bigote; y por último, después de dos ó tres bufidos de gato escaldado, corrió á buscar á su esposa.

—¡Estamos perdidos! gritó apareciendo en el comedor, donde estaba su señor haciendo calceta, rodeada de su numerosa prole.

—¡Ay!—gritó la costilla de Calderete, chupándose un dedo herido por una de las agujas.—¿Qué te pasa? ¿Qué sucede?

—¡Una cosa horrible!

—¡Cualquiera diría que nos roban la casa!

—¡Calla, desgraciada!—exclamó Calderete, tapando la boca de su costilla con el periódico.

—¿Pero te has vuelto loco?—dijo esta medio asfixiada.

—¡Escucha, escucha! La gavilla del *Araña* ha entrado en la *Cortijera*, donde están los cerdos del concejo... Ha apaleado á los pastores...

—¡Jesús, Dios mío!

—¡Y se ha llevado varias cabezas!

—¡Ave Maria Purísima! ¿De pastores ó de cerdos?

—Es lo mismo... El periódico no lo dice. Además, proyectan un robo en el pueblo...

—¡Dios nos tenga de su mano!

—Es preciso estar prevenidos! Todo el dinero en oro y plata que tengo en el despacho lo esconderé talega por talega en el... y dijo el escondite al oído de su mujer para que el secreto quedase sólo entre los dos.

—Muy bien, dijo ésta; precisamente ayer lo desocuparon para abonar los cuadros de coliflores.

—Tú, coges tus alhajas y la vajilla de plata...

—Pero, hombre; ¿también la vajilla?

—Sí, señora; desde la sopera hasta la última bandeja...

—¡Pero hombre! ¿Y después?

—¡Después, ¿qué? ¿No hemos pensado en regalársela al diputado del distrito?

—Tienes razón.

—Pues manos á la obra, y que no se enteren los criados de nuestras idas y venidas.

Al cabo de pocos minutos, las órdenes de D. Tiburcio estaban cumplidas, amén de una escrupulosa requisitoria en puer-

tas, ventanas, patios, bodegas y corredores. Hecho lo cual, la familia volvió á congregarse en el comedor para rezar con las criadas el rosario antes de acostarse, pues era esta piadosa y cristiana costumbre ya tradicional en el honrado hogar de los Calderetes.

El comedor era una vasta sala, con puertas á la azotea, apalancadas por recias tranquilas sujetas en la pared; y otras dos puertas que conducían, la una á la cocina, espaciosa y sombría como la de todas las residencias campestres, y la otra, á un sombrío corredor, en cuyo extremo se hallaba la alcoba conyugal de D. Tiburcio y señora.

Estos rezaban sentados en cómodos sillones de gutapercha; la dinastía de Calderetes y Calderetas de hinojos en el santo suelo, y todas las criadas en el umbral de la puerta de la cocina; es decir, todas menos Juanona la cocinera, verdadero tipo de aldeana zafia, pesadota y bobalicona. Esta prefería entornar la puerta de la cocina y dormir en el rincón desde el primer misterio hasta la última advocación de la letanía. Justo es confesar que los amos tampoco se recataban en dar sus cabezaditas en los sillones.

Andaba el rosario por los *Kiries*, cuando en una de las paredes del comedor, agigantada por la sombra que proyectaban sus piernas quebradas, hasta revestirla con las proporciones de una visión mons-

truosa, apareció una araña negra, una de esas solitarias obreras, huéspedes de los hogares campesinos, en cuyos rincones tejen y cuelgan las brillantes redes de sus cristalinos encajes.

Ver la araña la chica mayor de Calderete y darle un ataque de nervios, todo fué uno.

— ¡La araña, la araña! — gritó la impresionable joven retorciéndose como una epiléptica.

D. Tiburcio despertó dando otro respingo en el sillón y se encontró de pies sin saber cómo; su señora corrió en auxilio de su hija; el resto de la familia fué á meterse debajo de la mesa, las criadas iban de un lado á otro sin saber lo que aquello significaba.

D. Tiburcio esperaba á cada momento ver aparecer por la puerta del corredor la figura del famoso bandido. Al cabo de un rato se atrevió á decir con voz temblorosa.

— ¡Quién anda ahí!

El primogénito de Calderete, digno descendiente de aquel héroe, corrió á la cocina, buscando por allí un refugio salvador. Empujó la puerta y notó que la presión de un cuerpo por el otro lado impedía abrirla: era Juanona que se despertaba gruñendo como una bestia.

El muchacho se volvió á su padre lleno de espanto, diciendo:

— ¡Estamos cercados!

— ¡Pero no perdidos! — dijo el padre con

dignidad; y sacando del bolsillo un revólver que á precaución llevaba, abrió una de las puertas de la azotea y empezó á tirar disparos al aire y balazos á las estrellas.

Los tiros avisaron á los serenos, los serenos á los guardias, los guardias á los campaneros, los campaneros á la ciudad entera, y al cabo de poco tiempo, autoridades, guardias y vecinos armados acudían en auxilio de D. Tiburcio.

Pero antes de que llegasen, ya la chica de Calderete había explicado el motivo de su repentina congoja, y el autor de sus días comprendió lo ridículo de su situación.

Sin embargo, abrió la puerta á todos, y les dijo:

— Agradezco vuestro auxilio, queridos convecinos; pero ya los malhechores han huído. Yo y mis hijos hemos sido bastantes para castigarlos.....

* * *

No hemos podido proporcionarnos el número del importante periódico valdesca miense en que al día siguiente se daba cuenta del asalto de la casa de Calderete, pero hicieron época los elogios que le tributó por su serenidad y valor *cívico*.

Lo cierto es que los bandidos no llegaron á aparecer por el pueblo, y D. Tiburcio fué proclamado héroe.

P. Rovira.

PACOTILLA

¡NOS HEMOS SALVADO!

Navegando á toda vela
con su magnífica cola,
venía el cometa Biela
á chocar con nuestra bola.

Los infelices mortales,
ajenos, á tal horror,
no dábamos ni señales
de zozobra ni temor.

Pues convicciones completas
había hasta en el *titi*,
de que no eran los planetas
como los trenes de aquí.

Vamos, que iban por sus vías
veloces cual pensamientos,
sin choques, sin averías
y sin descarrilamientos.

¡Como que desde Longinos,
nada pasó extraordinario
en las vías ó caminos
del sistema planetario!

¡Nadie habrá que justo crea
que por mala se deseche

la vía láctea ó *lactén*,
ó, vamos, la de la leche!

Porque allí todo anda bien,
y desde la Creación
ni ha descarrilado un tren
ni se hizo una amputación.

Siendo esto tan evidente,
¿quién se pudo figurar
ese peligro inminente
que acabamos de pasar?

¡Tremebunda carambola
si el globo no se ladea!
¡Digo! ¡Y cometa con cola!
¡Vamos, que nos estropea!

— Si ahora hemos de demostrar
noble espíritu y honrado,
debemos las gracias dar
á quien nos haya salvado.

Aunque averiguar no nos
será fácil y sencillo,
si nos ha salvado Dios
ó Cánovas del Castillo!

José Estraña.



El vals sus delicias nos brinda á gozar
un placer seductor.
Ya siento sus brazos mi talle estrechar
embriagado de amor.

(Música popular.)

IMPORTANTE

No olviden ustedes, sobre todo los que
hayan de cobrar recibitos —¡Dios los ben-
diga!— que la Administración de

LA CARICATURA

se ha trasladado á la calle de

Lope de Vega, 34, 36 y 38

MADRID



—¿Usted es negro cuarterón?
—No, señó: medio kilo.

25

50

75

y 100

pesetas

de regalo en todos los números de

LA CARICATURA

al lector que PRIMERO envíe la solución
exacta del entretenimiento que se señale.

Un año de suscripción

para los cinco lectores que, por riguroso tur-
no, envíen la solución después del primero.

O *séase*, manera breve y cómoda de ga-
nar un sueldo sin figurar en el presupuesto
del Ayuntamiento.

En el **núm. 13** han demostrado ser
más listos que Lepe, los señores siguientes:

Premio de 50 pesetas.

D. SENÉN FERNÁNDEZ REINARES

Princesa, 14, principal, Madrid.

5 segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. SANTIAGO ARNÁIZ

San Bernardo, 69, Madrid.

D. LUIS BELLO

Paz, 6, principal, íd.

D. CASIMIRO PEDRO ZORRILLA

Infantas, 26, 3.º, íd.

D. F. PÉREZ Y CAPO.

Peninsular, 11, 3.º, íd.

D. SANTOS OLOMANO

Sin señas.

El jeroglífico de hoy (que por cierto es
muy sencillo), va premiado con

50 PESETAS

y cinco premios de consolación.



BESUQUEO

—Me encanta besar á los bebés.
—¿Sí? Pues mamá siempre me llama bebé.

Cuentos franceses.

EL REVERSO DE LA MEDALLA ⁽¹⁾

EN la ciudad de Valenciennes vivía un buen señor, el cual gozaba fama justa de pródigo, prudente y discreto. Estuvo casado, pero la muerte le libró de las cadenas del matrimonio, pues para él fueron hierros oprimentes los que son para otros blandas y agradables coyundas. El feliz

(1) Arreglos de los cuentos famosos *Las cien novelas nuevas del buen rey Luis XI*. Nos hemos permitido al hacer estos arreglos copiar sólo el pensamiento capital de los cuentistas, variando en absoluto la manera de desarrollarlo y de expresarlo.

viudo estaba alojado espléndidamente en una casa que parecía la morada de la felicidad, y allí, á sus solas, consumía sus rentas, nunca envidioso, pero á veces envidiado.

Frente á esta casa, y teniendo con ella una comunicación secreta, había otra ocupada por un matrimonio. Ella era de perlas por lo bonita; él era un tipo vulgar, un marido sin particularidad alguna digna de mención. El viudo se asomaba á las ventanas de su casa, y desde ellas veía frecuentemente á la casadita, á aquella mujer sensible, delicada, en la cual, íntimas contra-

riedades, anhelos no satisfechos quizás, producían hondos quebrantos que se reflejaban en su cara por medio de palideces semejantes á las de la planta agostada que ansia el rocío del cielo para ser fecunda.

La casadita (Berta se llamaba), empezó á mirar con afición á su vecino. Los ojos de Berta, arqueros de su corazón, comenzaron á enviar miradas al viudo, miradas que eran como flechas, las cuales producían heridas en el alma del solitario Gastón. De la lucha á distancia; se pasó á la lucha cuerpo á cuerpo; es decir, de las mu-

chas miradas, se pasó al coloquio, y los vecinos empezaron á entenderse con las palabras mejor que antes: cuando únicamente se entendían con los ojos, que son menos expresivos que la lengua, aunque mucho más osados é inconvenientes.

Empezó Gastón su trama amorosa — porque sin duda urdía una trama en la que representase papel principalísimo el dios Cupido,—ganándose la voluntad de Martín, el marido de Berta; y así dispuso las cosas de tal modo y manera que Martín frecuentó asiduamente la casa de Gastón, y comió muchas veces en su mesa, saboreó los vinos de su bodega y recorrió entre asombrado y envidioso la casa del rico viudo, que era en verdad, como queda dicho, una maravilla por el lujo y por la comodidad.

Después de sus frecuentes visitas á la morada de Gastón, al volver á la suya Martín le hablaba á Berta de los encantos de la vivienda del vecino y de la generosidad y franqueza del dueño de la casa. Con lo cual, el inocente marido, avivaba la llama pecadora que en el pecho de la infiel ardía, contribuyendo á aumentar el fuego, donde á la postre pudo consumirse su honra.

—Sobre todo el cuarto de baño—decía Martín.—Tú no puedes figurarte lo que es aquel cuarto de baño. Le adornan ricos mármoles de Italia, bronce fundidos en Milán, alfombras tejidas en Persia, y le embalsaman con sus penetrantes vapores perfumes traídos de Oriente. Y á todo esto Berta veía todo aquello luchando con su deber, y al mismo tiempo maldiciendo de su mala estrella que le había puesto lejos de tan codiciados goces.

No, Berta era buena. Había mirado á Gastón, le había mirado en demasía, pero al borde del pecado se contuvo. No podía suceder otra cosa. Hace falta mucha maldad para ejercer el mal. Los que son poco malos no pasan nunca de los malos pensamientos.

Gastón perdió su felicidad cuando casi la tocaba con la mano. Había sido su dicha como esas aves que dejan acercarse al que las persigue, y levantan el vuelo en el punto mismo en que van á ser cogidas.

Por todo lo cual, el ricacho de Valencienes pensó en variar de táctica. Cuando la plaza sitiada durante mucho tiempo recobra fuerzas en lugar de rendirse, obliga al sitiador á modificar sus artes de guerra.

Gastón, renunciando aparentemente á sus deseos, comenzó á estimular los de Berta hablándole de su morada lujosísima.

—¡Si viérais qué jardines los míos! ¡Si viérais qué salones mis salones! ¡Si viérais sobre todo el baño!

¡Ah, el baño! De sobra lo sabía Berta por referencias de su esposo. Aquel baño era digno de la favorita del sultán de los

turcos... Acabó por insinuar Berta á Gastón que de buena gana se bañaría ella una vez, sólo una vez, en aquella pila ancha, hermosa, llena de agua cristalina y embalsamada por esencias penetrantes. Qué delicia encontrarse en aquel rincón hermoso, ella sola, completamente sola, recreando su cuerpo gallardo en las lunas venecianas, arrastrándolo por las sedosas alcatifas, hundiéndolo en el agua tibia y embalsamada... Y esto una vez, sólo una vez.

Y á estos deseos respondía siempre Gastón, diciendo:

—Cuando queráis, cuando queráis, Berta. Berta quiso.

* *

Martín tenía necesidad de ir á un lugar distante tres leguas de Valencienes. Y su esposa y el vecino convinieron en aprovechar esta ausencia. Berta, sirviéndose de la comunicación secreta de su casa con la de Gastón, entraría en la estancia de éste y utilizaría el famoso cuarto de baño, conviniendo previamente que Gastón, como caballero, respetaría á la dama que le visitaba de un modo clandestino, no por nada pecaminoso, sino por satisfacer un pueril capricho.

Al salir de la ciudad, Martín se encontró con un amigo, el cual le dijo que su mujer y el viudo rico se entendían. —Si los quieres sorprender, corre á casa de Gastón y allí los encontrarás. Hízolo Martín, y llegó á la vivienda de su vecino cuando Berta acababa de salir del baño.

—Quiero entrar, quiero entrar, exclama-

ba el esposo indignado empujando al criado que le impedía el paso.

Apareció Gastón, y Martín al verle, estremó sus injurias y arrebatos.

—¡Aquí tenéis á mi esposa!

—Estáis loco.

—Aquí la tenéis, sí.

Precisamente, desde el sitio en que se encontraban el marido y el desengañado pretendiente, se podía ver á la persona que saliese del cuarto del baño. Gastón tenía miedo de que Berta, al terminar su tocado, apareciese de pronto.

—Sí, dijo; aquí en el cuarto del baño hay una dama, pero no es vuestra mujer.

—Lo veremos, gritó Martín. Y antes de que pudiera evitarlo Gastón, el marido, celoso, empezó á mirar por la cerradura el interior de la ideal estancia donde se bañaba Berta.

Llegó Gastón y quitó de aquel sitio á Martín.

—Os repito que no es vuestra mujer.

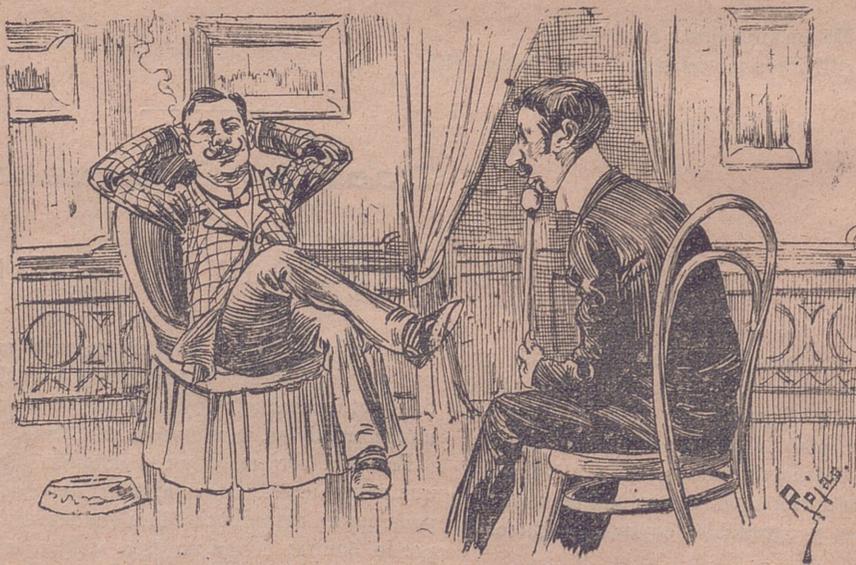
—No lo sé. La que hay ahí dentro, la veo por la espalda, y se parece á la de mi mujer.

Pues id á vuestra casa, y si no encontráis á Berta en ella podréis quejaros.

Corrió Martín desalado, y entre tanto Berta, por el secreto corredor, llegó á su vivienda y se metió en la cama.

Cuando el marido apareció, la esposa se quejaba de fuertes dolores de cabeza. Martín, al verla, le dijo todo compungido:

—¡Ah, esposa mía; estás ahí! Y yo que dudé y hasta supuse haberte visto en casa ajena... ¡Oh! no basta para reconocer una medalla ver el reverso!



—Pensaba ir al baile y pedí billete, pero ya no voy.

—Yo también pienso ir.

—¿Con qué billete?

—Con el que tú has pedido.

Tiquis Miquis

QUIERO suponer que ha llegado á noticia de mis lectores de cómo (y cuándo) hemos tenido nuestro *Congreso literario hispano americano*.

Pues sí, señores; lo hemos tenido, y estoy por creer que seguimos teniéndolo, porque no lo ha cerrado todavía D. Antonio, encargado, por lo visto, de llevarse las llaves de todos los Congresos.

Estén ó no estén acabados los trabajos de esta Asamblea de literatos, y falte ó no falte el discurso de clausura, que indudablemente pronunciará Cánovas del Castillo cuando se presente ocasión, es lo cierto que el Congreso literario celebró sus sesiones, no tan en público que todos tuviesen conocimiento de ellas, ni tan en secreto que las desconociesen todos.

Las cosas se han mantenido en su justo medio; unos cuantos aficionados sabían que había sesiones; otros cuantos no lo sabían, y á unos y á otros les daba lo mismo.

Y no estaba ciertamente justificada esta indiferencia porque, sin agraviar á nadie, se han dicho allí cosas excelentes, y no digo excelentísimas, porque, en mi condición de republicano, tengo horror á los tratamientos. Pero si esas cosas excelentes me han parecido bien, declaro con sinceridad que no me lo ha parecido el artículo 10 de la sección primera del programa de *Temas*, el cual art. 10 es como sigue:

«Necesidad de una nueva gramática de la lengua castellana, fundada en los principios y leyes de la filología moderna, escrita con todo el detenimiento que su importancia exige, y en cuyo trabajo se tengan muy en cuenta las opiniones de nues-

tros más insignes gramáticos españoles y americanos.»

Ese cuyo infeliz y digno de más oportuno empleo, no aparece subrayado en el tema, lo he subrayado yo, porque merece, en efecto, que sobre él se fije la atención del lector curioso

Es de advertir que el *asunto*, si así puede denominarse, de esta sección primera del programa de temas, es la FILOLOGÍA, y está condensado en las siguientes líneas:

«Medios prácticos de mantener íntegra y pura el habla castellana en España y los países hispano-americanos.»

¡Pero, señor! escribiendo *cuyos* tan inadecuados como ese no se mantendrá íntegra y pura el habla castellana, por lo menos en su construcción lógica, filológica y psicológica.

Mucho tiempo ha transcurrido ya desde que me permití llamar la atención de los autores dramáticos acerca de una especie de nota que los editores suelen estampar en las cubiertas de las comedias y de los dramas, y que es como sigue:

«También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.»

«Háganme ustedes el favor, decía yo entonces, de quitar ese *cuyo*, cuya impropiedad salta á la vista. No necesito demostrar esto, porque lo tengo por casi evidente; ni me considero autorizado para dar unavariante con qué sustituirlo; podría, por ejemplo, ponerse punto y coma después de la palabra *cobro*, y continuar «sin

este requisito, etc.»; podría decirse también *Requisito* sin el cual; ó sin el que... en fin, díganlo ustedes como quieran decirlo, siempre que no lo digan así, porque así está mal dicho.»

Como es natural, nadie me hizo caso; los editores continúan imprimiendo esa advertencia y esa locución, «sin cuyo requisito» y se quedan tan frescos; y los autores prosiguen escribiendo dramas y comedias y permitiendo que en las cubiertas de sus obras aparezca desvergonzadamente ese solecismo imperdonable, y también se quedan tan frescos; ¡frescos estamos todos!

«De eso, al fin y al cabo, me dicen algunos, son responsables los editores, que ni están obligados á saber gramática castellana ni ninguna otra, ni hacen profesión de filólogos, ni de humildes vasallos de la Academia.»

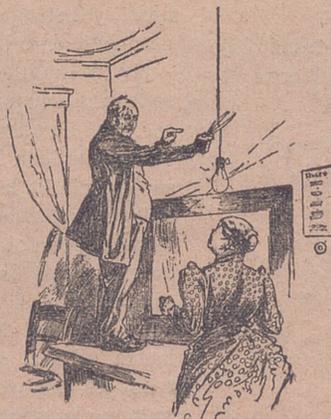
Bueno... Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿Puede admitirse igual libertad en un tema enderezado á buscar *medios prácticos de mantener íntegra y pura el habla castellana*?

Responda por mí la *Academia Española*, autoridad reconocida y respetada por los congresistas, y que en su *Gramática de la lengua castellana* afirma rotundamente que «dicen un disparate los que v. g. escriben: «Dos hombres cruzan el río montados en buenas caballerías, cuyos hombres traen armas.»

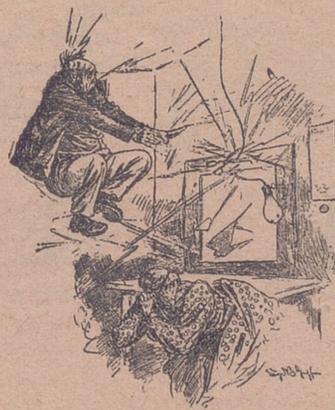
No soy yo, cuya opinión nada vale, es la Academia, cuyos preceptos merecen atención á los congresistas, quien califica de disparate ese *cuyo* del tema.

A. Sánchez Pérez.

CORRIENTE CONTINUA



—Es muy sencillo: esta luz de aquí la colocamos allí. Verás.



—¡María Santísima!...

UN PELOTAZO



—Va.
—¡Venga!



¡Maria Santísima!



¡Y qué fuerza trae!



¡.....!



¡.....!



— Usted y yo haríamos muy buenas migas.
— Pues entonces debimos ded carnos á pastores, porque son precisamente los espe-
cialistas en hacer buenas migas.

Para el alma.

ERA un inglés de pura raza, un hombre acostumbrado al cielo gris, á la atmósfera pesada y húmeda de su tierra. El tal inglés se vino á España persiguiendo á una morena de ojos negros, madrileña, graciosa, capaz con sus atractivos de poner en revolución á todo el reino Unido y sus indias correspondientes.

El inglés era tenaz. Vivió en Madrid muchísimo tiempo con el fin de lograr su propósito, y quizás al cabo consiguió lo que deseaba. Pero esto no interesa á mi cuento.

Lo cierto del caso fué que el tozudo hijo de Inglaterra enfermó. Se le subieron á la

cabeza de una vez y á la vez, el sol esp'éndido de España, el vino de Jerez y las miradas ardientes de la morena. En la fonda donde estaba el extranjero, adoptaron un procedimiento expeditivo para librarse de las impertinencias del paciente, y le llevaron al hospital en donde el mister fué instalado en calidad de distinguido.

En los hospitales se llama distinguidos á los enfermos que pagan, por lo cual es fácil colegir que en los establecimientos de Beneficencia no se apartan de la regla general, y distinguen á todo el que tiene dinero suficiente para merecer la distinción.

Mr. William estuvo gravísimo, pero pasados unos cuantos días, empezó á mejorar, y al fin entró en el período de la convalecencia con gran contentamiento de sor Ignacia, la hermana encargada de asistirle. Sor Ignacia tenía un proyecto verdaderamente hermoso. Desde el primer día que vió al inglés entre los enfermos de su sala, concibió el propósito de apoderarse de aquella alma, descarriada sin duda. La buena señora, suponiendo protestantes á todos los ingleses, creyó que aquél, colocado por la casualidad al alcance de su caritativa solicitud, sería un hereje como sus compatriotas, los compatriotas del hijo de la *pérjida* Albión.

Y no se engañaba sor Ignacia. A punto



¡.....!

fijo no se pudo averiguar si Mr. William era ó no protestante. Pero hereje ¡vaya si lo era! La beata acometió con empeño la empresa de catequizar al descreído, y no perdonaba ocasión ni momento para lograr sus santos propósitos. Sostenía largas conversaciones con el inglés (el cual sin ser orador del parlamento español infería á la lengua castellana grandes ofensas), aprovechando todas las coyunturas llamaba sin cesar al descarriado espíritu del *mister* para que entrase en el redil religioso.

—Hay que pensar en la otra vida.

—Mí ser bueno.

—No basta ser bueno, es preciso ser religioso, y tiene que serlo también. ¿Me promete usted que se cuidará del alma ya que su cuerpo se fortalece cada día más?

—Mí prometer, que sí cuidar del alma.

Estos diálogos menudeaban, pero sin ningún resultado positivo. El inglés, con su

voz gangosa, prometía sin cumplir, y sor Ignacia, repitiendo sus exhortaciones con la constancia que sólo una fé sincera puede alimentar, no lograba la sumisión del rebelde.

Todos los extremos de la persuasión y de la dulzura apuró la hermana de la caridad con el descreído, y al fin un día le concedió un plazo para que se decidiese á contestar de un modo categórico á las insinuaciones constantes que le hacía.

Dentro de una semana—dijo sor Ignacia—estará usted casi bueno. Entonces tendrá usted que decirme lo que desea para purificar su alma.

Calló el inglés, y durante los ocho días del plazo, alteró su vida ordinaria. El *mister* era glotón; comía de un modo disparatado, con apetito voraz, y eso que no había sido nunca edil de nuestro conejo; pero en la semana que le fué concedida por la reli-

giosa para que meditase acerca del estado de su conciencia, observaron todos con asombro que el *mister* estaba inapetente.

Llegó á interesar el desenlace de aquella cuestión á los enfermos de la sala. ¿Se convertirá? ¿No se convertirá?

Y al fin llegó el día marcado; sor Ignacia se acercó á William y le preguntó:

—¿Ha meditado usted bien lo que le conviene?

—Mí meditar mucho.

—¿Se ha decidido usted ya?

—Mí estar decidido.

—Bueno, y qué desea usted.

—Yo desear chuletas y vino.

—Eso es para el cuerpo, ¿y para el alma?

El inglés reflexionó un instante, y después, con aire de suprema convicción, exclamó.

Para el alma la botica.

J. Francos Rodríguez.

LA CAZA DEL OSO



1. —Con precaución, D. Antero.



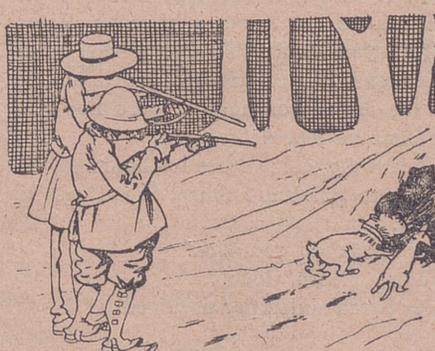
2. — Ya, ya tenemos un rastro.



3. — No, todavía no.



4. —Prepárese, D. Antero.



5. — Ya está ahí el oso.



6. — Pero... ¿no es usted el oso?

GACETILLAS TEATRALES



—Tal como están hoy los caminos da gusto encontrar la guardia civil; se ensancha el alma y va uno seguro que no le roben.

Porque, en efecto; en la comedia del Sr. Vela (voy á consumirle el apellido en fuerza de citar lo), no hay ni novedad en el asunto, ni acierto en el desarrollo, ni caracteres, ni situaciones dramáticas. No hay más que muchos enojos y ojos, auroras y enamoradas, anhelos y cielos, cuadros y padres. En fin, lo de reglamento en las comedias del antiguo régimen: el antiguo... malo.

Pero el final, sobre todo el final, es de lo que no se ha visto.



—Oye, América; estos días ando muy celoso, porque todo el mundo se ocupa mucho de tí, diciendo que si un tal don Cristobal te ha descubierto ú no te ha descubierto.

EL acontecimiento teatral de la semana ha sido el estreno en la Comedia de una *idem*, titulada *La estrella de los salones*, y escrita por D. Mariano de Vela y Mestre...

El Sr. de Vela es un poeta de veladas, ni más ni menos. Seguramente que está harto de escribir quintillas en *álbumes* y sonetos y madrigales dedicados á muchas ingratas de esas que abundan en el mundo, tanto como los ripios. Bien provisto de esta última materia, se creyó el Sr. de Vela apto para las funciones teatrales, y se fué con su obra escrita en verso toda ella al Sr. Mario, el cual Sr. Mario se la aceptó y se la representó secundado por su compañía y Cristo con todos.

Pero el público de veras, el público que paga, no quiso llevar vela en el estreno, y oyó toda aquella avalancha de frases hechas, de lirismos trasnochados, de rebuscamientos cursis como quien oye llover. De todo lo cual resultó que *La estrella de los salones* está llamada á desaparecer del cielo de los carteles, como diría Bofill.

Aquella puñalada traperera de última hora, es cosa que ni en los moldes de Eguilaz cabe. ¿Y á eso lo llaman comedia? Tragedia y muy tragedia. Tragedia para hacer reir, como el sainete famoso.

Tampoco estoy conforme con los que han asegurado que *La estrella de los salones* se parecía á *Consuelo*. A Ayala no se parece nadie, no puede parecerse nadie. De Ayala á sus imitadores hay un abismo que no puede colmarse con ripios.

De modo y manera que el Sr. de Vela no viene á procurar por la regeneración del teatro español. Después del estreno de *La estrella de los salones* seguimos como antes. Como el novel autor hay muchos, que aunque parecen dramaturgos, sólo son hilvanadores medianos de vulgaridades cien veces repetidas.

Y por hoy no va más. Esto de los estrenos anda de mala manera. En Apolo y en Lara han revolcado dos piecicillas. Los cómicos de los teatros por horas siguen haciendo de las suyas, y muchos de los teatros grandes también. Porque casi todos los engendros literarios que se exhiben en los escenarios son malos; pero hay que ver cómo los representan.

Por último, como dicen los oradores, en el número próximo hablaré de la tragedia *Nerón*.

¡Tragedia de romanos!

¡Floro, Moro, Godo!

¡No pasan siglos por nosotros!

Juan Palomo.



--Porque aquí donde usted me ve soy licenciado en filosofía y letras.

—Como yo, también licenciado de nuestras posesiones de «allende el estrecho.»



—¿Qué va usted á escribir este año, querido poeta?

—¿Yo? Una razonada solicitud para ingresar en San Bernardino:

Sección amena y productiva.



—Una limosnita, caballero, que tengo a mi padre ciego.
 —¿Dónde está tu padre?
 —En Cuba, señor; de vista de Aduanas.

Las 50 pesetas.

En la semana que acaba de fenecer, no han sido tantos los afortunados.

Sólo dos, dos caballeros, han acertado la solución exacta.

Por tanto, han quedado desiertos cuatro premios. Si continuamos así, habrá que convenir en que son ustedes capitalistas, y por tanto desprecian las 50 pesetas, ó que no son muy listos que digamos. ¡Una cosa tan fácil acertar sólo dos, dos soluciones entre tantas!

En fin, á ver si con el de hoy, que es más facilito, se dan ustedes mejor maña.

Ahora, ahí van los nombres de los premiados.

PRIMER PREMIO, 50 PESETAS.

D. JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ,
 Duque de Alba, 16, 3.º,
 Madrid.

Un año de suscripción á LA CARICATURA.

D. F. PÉREZ Y CAPO,
 Peninsular, 11, 3.º,
 Madrid.

y nada más.

El Sr. Moreno Rodríguez puede presentarse en nuestra Administración á recoger las pesetillas mediante recibo, que queda á disposición de cuantos quieran examinarlo.

PRECAUCIONES CONTRA EL CÓLERA

Lugar de la acción. —Una fonda.

PERSONAJES. — *Inspector sanitario, un camarero y el presunto enfermo.*

El camarero. —He observado que el viajero del núm. 8 ha estado seis veces en... vamos... en donde no puede decirse.

Inspector. —Caso seguro, síntoma infalible. Vamos á ver al enfermo.

Enfermo. —¿Qué ocurre?

Inspector. —Soy el inspector sanitario, y vengo á reconocerle, porque es usted un caso sospechoso.

Enfermo. —¿Cómo? ¿Será posible?

Inspector. —Sí, señor; porque según informes del criado, ha estado usted seis veces en...

Enfermo. — Naturalmente, porque las cinco primeras estaba ocupado.

ANAGRAMA

POR GRACO ZAGALONI

GASPAR CAUTADARD

SALESAS, NÚM. 12.

componer con estas letras el título de una obra del teatro antiguo y un refrán muy usual.

Nuevo procedimiento utilísimo para los peluqueros. La idea es de uno de Londres, muy famoso, por haber sido el primero que cortó un pelo en el aire.

Una vez dispuesto el parroquiano, debe empezar el buen peluquero por contarle algo espeluznante. Los pelos empiezan á ponerse de punta. Este es el momento sublime, la ocasión de manejar la tijera.

Cuanto más irsuto más fácil de cortar, dijo del pelo César, antes de quedarse calvo.

JEROGLÍFICO

SV7ELKLC

JEROGLÍFICO CON PREMIO

PRIMER PREMIO

50 PESETAS

Cinco segundos premios de consolación de

un año de suscripción á «La Caricatura.»



Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.

Horas de oficina en la Administración, de 8 á 12 de la mañana y de 3 á 6 de la tarde.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador D. RAMÓN MILLET.



¿Dónde se hacen los sombreros?
Pues en casa de Carrasco, que los hace muy bonitos, muy buenos y muy baratos
26, Carretas, 26



Dime: ¿cómo te compones si una mujer te engaña? Pues en esas ocasiones hace falta unos bombones de la fábrica La España.
Santa Engracia, 14.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de 1/2 año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTÍSIMO



Si cuando yo tenía dinero hubiera existido el Banco Cerrolaza, no me vería así.

PARA MAS DETALLES,

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.

ANGEL PONS

Historietas. 300 DIBUJOS 3,50 PESETAS	Notas alegres. 300 DIBUJOS 3,50 PESETAS
---	---

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID



E. DE PALACIO

—
ADAN Y COMPAÑÍA



IMPRENTA

DE

ENRIQUE ROJAS Y C.^A

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

ESQUINA Á LA CALLE DE LAS BEATAS

IMPRESIONES

DE

TODAS CLASES

ESMERO EN LOS TRABAJOS

QUE SE EJECUTAN EN ESTA CASA

MADRID